

Llegó solo á Isiu un día de fiesta, tocó á Misa y no vino la gente, demostracion que sola bastaba para conocer la traicion que le armaban; mas su grande celo de reducir al rebaño del Señor aquellas almas no le permitió rendirse á estos peligros, ántes con un ánimo invencible se metió por medio de ellos, porque fué á buscar á su enemigo á la sementera adonde estaba con sus dos aliados.

Llegó y saludóle amorosamente con muy dulces palabras, regalóle con dones para atraerle á su amistad; pero estas dádivas no quebrantaron estas peñas, ántes como ingratos, endurecidos más con sus beneficios, le retornaron por ellos crueles ofensas, levantando uno de los aliados su lanza, y pasándole con ella el cuerpo. Invocó el siervo de Dios los nombres dulcísimos de Jesus y María, y con ellos en la boca, el incestuoso Calbas le atravesó con su lanza, y luego el tercero con la suya, abriendo á su alma tres puertas por donde volase al cielo á ser coronada con la corona y lauro del martirio y juntamente con la palma de vírgen y la diadema de apóstol y promulgador del Evangelio de Cristo: que si S. Juan vió en su *Apocalipsi* al Hijo de Dios con muchas coronas en la cabeza por las muchas victorias que alcanzó con el ejercicio de diversas virtudes, así este soldado esforzadísimo de su santa milicia subió triunfante al cielo con muchas coronas, conseguidas con las victorias de diversas virtudes.

Su martirio fué en los últimos de abril de mil y seiscientos y cincuenta y nueve.

Escribiólo á España y á nuestro P. General el P. José Pimentel, Procurador General de la provincia de Filipinas, su fecha á veinte de junio de mil y seiscientos y cincuenta y nueve.

P. ANDRADE.

P. FRANCISCO COLIN

UNO de los muchos y esclarecidos hijos que ha tenido la religiosísima provincia de Aragon, que han ilustrado nuestra sagrada religion de la Compañía de Jesus, fué el P. Francisco Colin, varon verdaderamente grande por su religion, por sus letras, por el celo que tuvo de la salvacion de las almas, por su admirable prudencia y acierto en el gobierno, por el infatigable

teson con que trabajó toda su vida en la viña del Señor, por sus libros eruditos y por los ejemplos de su santa vida y virtudes, que todas juntas esmaltaron su nobleza é hicieron un ramillete de fragante olor y agradabilísima vista al cielo y á la tierra.

I

Su nacimiento é infancia hasta entrar en la Compañía de Jesus.

Fué este señalado varon catalan de nacion, natural de la noble villa de Ripol, del obispado de Vich; su padre se llamó el Dr. Jerónimo Colin, persona de grande estimacion, así por su sangre como por sus letras, graduado en ambos Derechos, Canónico y Civil; su madre, María Duran, igual en nobleza á su marido, ambos de mucha cristiandad y virtud, que es la que da realce á todas las prendas naturales y valor y estimacion.

Su nacimiento fué el año de 1592, á 15 de julio, y el mismo dia que nació al mundo, renació para Dios en las aguas del bautismo, el cual recibió, sin dar más largas ni permitir sus padres un dia de dilacion, en la iglesia parroquial de la misma villa, y en cumpliendo cinco años recibió el Sacramento de la Confirmacion de mano del Obispo de Solsona, D. Luis Sanchez, que lo fué despues de Barcelona y virrey de Cataluña. Tanto cuidado pusieron sus devotos padres en pertrecharle con las armas de la Iglesia, y prevenirle en aquella tierna edad con la gracia de los Santos Sacramentos; y con el mismo cuidado le dieron luego maestro de toda satisfaccion que le enseñase virtud y santas costumbres.

Con las primeras letras aprendió la Gramática y la Retórica en poco tiempo con tal eminencia, que aventajó á todos sus condiscípulos, dando tales muestras de ingenio y aplicacion á las letras, que su padre concibió firmísimas esperanzas de que, perseverando en el estudio, habia de adelantarse tanto que fuese la honra de su linaje, alcanzando altos puestos por el caudal de su ciencia; y así trató luego de enviarle á Barcelona á estudiar ciencias mayores en la Universidad de aquella florentísima ciudad, cabeza del principado de Cataluña.

Pero no es justo pasar en silencio un caso bien singular que le sucedió en este tiempo, y se tuvo por milagroso, librándole Dios de la muerte por la vida que habia de dar espiritual á tantas gentes: y fué que, bañándose en un rio, le arrebató la corriente, y sin tener fuerza en los brazos para resistir á su ímpetu, le llevaba á las ruedas de un molino que sin remedio le hicieran pedazos. Viéndose perdido y sin favor humano, acudió al divino, invocando

el auxilio de la Santísima Virgen, de quien siempre fué devotísimo; llamóla muy de corazon (que le encienden mucho los peligros) y la Beatísima Virgen le oyó, y socorrió, y le dió la vida, porque, sin saber cómo ni entenderlo, en pronunciando su nombre, se halló en la orilla del rio, bueno y sano, y libre del peligro, dando mil gracias á Dios y á su Santísima Madre por la merced que le hizo, á que toda su vida vivió muy agradecido.

Trece años cumplia cuando le enviaron sus padres á Barcelona, adonde conservó las santas costumbres de frecuentar los Sacramentos que habia aprendido en su tierra, y las devociones que su ayo y maestro le enseñó en la casa de sus padres.

Comenzó á estudiar las Artes, y con su buen ingenio hacia raya entre sus condiscípulos, como la habia hecho en los primeros estudios.

En este tiempo conoció la Compañía y empezó á comunicar á los nuestros, con tanto aprovechamiento de su alma como el del estudio, y con la comunicacion y las letras le fué creciendo la aficion, y con ella el deseo de entrar en la Compañía.

Pidió á los Superiores que le recibiesen, y aunque tocaba al Provincial dar la licencia, pero, por ser tan calificado el pretendiente en todas prendas, y estar léjos el Provincial, juzgaron que podia recibirle seguramente, y así le dieron la ropa de la Compañía.

Sus padres, como tan cristianos, aunque sintieron su entrada, no quisieron impedirla por no contravenir á la voluntad de Dios, ni por su interés particular privar á su hijo de un bien espiritual tan útil á su alma; pero aunque sus padres no contradijeron su vocacion, no le faltaron dificultades que vencer; que el oro de los bienes espirituales siempre pasa por el crisol de la contradiccion.

La que tuvo este siervo de Dios fué del Provincial de la Compañía, no por él ni por sus padres, sino por juzgar que no convenia abrir puerta á semejantes entradas sin licencia suya, á quien, como dijimos, tocaba de derecho recibirle, y así dió el recibo por ninguno y mandó que le quitasen la ropa y vestido de seglar le volviesen al siglo.

Bien se deja entender el sentimiento que tendrian de este mandato el Rector y los Padres del colegio que le habian recibido, y mucho más el buen Francisco, que tan sin culpa suya se hallaba en tal conflicto, á pique y ya sentenciado á ser expulsado de la religion que tanto amaba, y desnudado de la ropa que estimaba más que la vida, y que habia de salir notado y deshonrado, tenido por inconstante, porque no podia dar satisfaccion á todos de lo que habia sucedido. Y cuando la diera, no se creen estas satisfacciones en el siglo, y sus padres como tan honrados, era forzoso que lo sintiesen mucho, y que diesen justas quejas de la Compañía.

Este parece el hijo de aquella mujer del *Apocalipsis*, que vió S. Juan coronada de estrellas, y en saliendo á luz, le hizo guerra el dragon, para acabarle y consumirle; porque, engendrando este hijo nuestra sagrada religion, coronada de tantas estrellas cuantas son las virtudes que la adornan, se halló en mares de contradicciones y en guerras tan terribles para acabarle y consumirle.

Pero Dios que libró á aquel, libró tambien al nuestro, porque, sabiendo el duque de Monteleon, en aquella sazón virrey de Cataluña, la resolución del Provincial; atendiendo al bien del pretendiente y al honor y consuelo de sus padres, á quien estimaba en mucho, interpuso su autoridad con el Prelado, el cual por su respeto le dió por bien recibido, y le envió al noviciado con los demas novicios, con el consuelo que se deja entender tendria el siervo de Dios viéndose libre de aquella borrasca y victorioso de guerra tan terrible.

II

Sus progresos en la religion hasta ir á Filipinas.

Comenzó su noviciado el año de 1607, á 14 de febrero, con tanto fervor, que más parecia acabarle que empezarle. No se vió alguno más rendido á sus Prelados, más observante, más devoto, callado, contemplativo y mortificado.

Era el ejemplo de los demás y tenia un librico de memoria adonde escribia los consejos que daba su maestro de novicios, para repasarlos muchas veces y ponerlos en ejecucion. Testimonio claro del cuidado y vigilancia que tenia en su aprovechamiento.

Concluido el noviciado, hizo los votos de la religion con la devocion y ternura que se deja entender de su fervoroso espíritu, ofreciéndose á Dios todo en holocausto, con resolución total de vivir y morir en su servicio.

Del noviciado pasó á Geroná á estudiar letras humanas; allí refrescó la memoria de las que habia aprendido en su patria, y con la viveza de su ingenio y la aplicacion al estudio, se adelantó en ellas de manera, que pudo pasar de discípulo á maestro con grande suficiencia, como despues diremos.

De aquí pasó en compañía de su Provincial á la ciudad de Mallorca á estudiar Filosofía, en que no fué inferior, campeando asimismo entre sus condiscípulos como el lucero entre las estrellas, de que fué testimonio el aprecio que de él hicieron sus maestros, encargándole el acto general que se hizo por remate del curso, el cual hizo con tanto lucimiento, que puso en olvido á

todos los pasados, y dió forma y enseñanza á los venideros. Los maestros quedaron muy pagados, los seglares admirados, la religion honrada, los estudios acreditados, y todos muy contentos, con vivas esperanzas de que tenia la Compañía en el P. Francisco Colin uno de los mejores sujetos que en todas materias la habian de ilustrar y dar grande crédito.

Sólo él por su humildad no se pagó de sí mismo, porque siempre conservó los fervores y dictámenes de novicio, y, como quien repasa la leccion de su maestro, repasaba en los estudios los dictámenes que traia escritos en el libro de memoria y los consejos de su maestro de novicios, renovando sus propósitos, y tomándose estrecha cuenta, y castigándose cuando no los cumplia; cuidado que aviva el fuego del alma y afervoriza el espíritu.

El de este santo religioso echaba nuevas llamas cada día, avivado con estas diligencias y con la compañía y santos consejos del santo H. Alonso Rodriguez, que vivia en aquel colegio y á quien comunicó familiarmente, como á maestro de espíritu, los ocho años que vivió en él, tres estudiando Filosofía y cinco leyendo Gramática y Retórica, en que fué aplaudido maestro; pero más se preciaba de discípulo de quien dijimos, cuyo espíritu bebió, y tomó, y se actuó en él de manera que parecia el suyo mismo, porque le imitaba en todo y seguia sus pisadas, y sus consejos, y ejemplos, así en la oracion como en la mortificacion y observancia, en el trato con Dios y en la abnegacion de sí mismo, en la conformidad con la voluntad divina y la sujecion de las pasiones y presencia de nuestro Señor, en que tanto se esmeró el santo H. Alonso Rodriguez.

De él aprendió la humildad tan profunda, la caridad tan ardiente para con todos, el celo de la salvacion de las almas, la paciencia invencible y el teson en el fervor, en que se adelantó todos los dias de su vida, y de tal maestro salió tal discípulo, que fué perpétuo maestro de la fineza de espíritu y un traslado ó trasunto de su santo maestro, y como tal pudo escribir su santa vida en el libro que compuso de lo que supo de ella, sacado de lo que le enseñó y de la comunicacion que con él tuvo.

Concluida la lectura que se ha dicho con gran aprovechamiento en las letras y mucho más en el espíritu, pasó á Barcelona á estudiar la Teología, en la cual salió tan aventajado como en los demas estudios.

Hizo el acto mayor de todo el curso con el lucimiento y aplauso que habia hecho el de Filosofía, y luego le juzgaron todos por digno de ser maestro de ambas facultades, y sin más dilacion le señalaron los Superiores para leer la Filosofía á los nuestros en la ciudad de Zaragoza, y hubiera ido á leerla luego, si no le detuviera el Obispo de Gerona, D. Pedro de Moncada, hijo del Marqués de Aitona, el cual, pagado de sus muchas prendas, le pidió para su

obispado y como para su maestro ó consejero; porque rara ó ninguna cosa hacia que no la comunicase con él y se rigiese por su consejo.

Anduvo el Padre en mision gran parte de su obispado, predicando y confesando como un apóstol, moviendo á todos á penitencia con sus fervorosas palabras, y no ménos con su ejemplo.

De aquí pasó á la villa de Cardona, adonde hizo una grande mision y tantas y tales conversiones, que parecia haberse mudado en otra diferente. Predicaba con grandísima energía y con tanta retórica y fuerza de razones, encendidas con el fuego de su espíritu, que aterraba á los pecadores y compungidos y contritos prorrumpian en lágrimas, llantos y sollozos, los cuales se oian siempre en su auditorio.

En este tiempo le sucedió un caso que se tuvo por milagroso, y fué, que pasando por una calle estrecha le cogió un carro cargado de piedra, sin poder escapar del ímpetu con que iba; y aunque más diligencias hizo, le cogieron las ruedas y le pasaron por encima del cuerpo. Todos le lloraban por muerto, así por el peso tan grande que el carro llevaba, como por el ímpetu con que corria; pero libróle milagrosamente Dios, á quien llamó en aquel riesgo; porque, á juicio de todos, sustentó las ruedas para que no le matasen, y pasando el carro se levantó sano y bueno, pero con señales de haberle atropellado, las cuales quiso Dios dejar para testigos de la merced que le habia hecho.

Sucedióle este caso en el dia que celebraban la gloriosa memoria del santo H. Alonso Rodriguez, su maestro, á quien atribuyó la merced que Dios le hizo, conservándole la vida por su intercesion, para que fuese su cronista, como lo fué andando el tiempo.

Habiendo hecho las misiones referidas con igual fruto y ejemplo, fué á la ciudad de Zaragoza á leer el curso de Filosofía, y llevóle Dios para que aprendiese á padecer y comenzase á llevar la cruz que habia de continuar despues, que es otra Filosofía superior de que el mismo Cristo es el Maestro; porque el nuestro leyó á sus discípulos la Filosofía de palabra y por escrito, y la religion y santidad con el ejemplo y con los santos consejos, deseando aprovechar á sus discípulos no ménos en la virtud que en la ciencia.

Mas como no hay comunidad donde no se halle un díscolo, aunque el maestro era eminente en ambas ciencias, no lo eran todos los discípulos en aprenderlas; y algunos, amigos de libertades, afectaban más la anchura que la perfeccion de sus santos consejos, á los cuales, juntando la reprension, se acedaron y tentaron, y pusieron la lengua en su maestro, diciendo de él lo que no cabia en su santa vida; pero permitiólo Dios para que hiciese ostentacion de su paciencia, con la cual sufrió esta calumnia, llevando con la igual-

dad de ánimo, con silencio y humildad á ejemplo de Cristo nuestro Señor, el cual manifestó la verdad, y, conocida su inocencia, fueron castigados los agresores y lanzados como miembros podridos del cuerpo de la Compañía.

III

El viaje que hizo á las islas Filipinas.

Por corta esfera juzgó la grandeza de su espíritu el limitado término de su provincia, porque en deseos se extendía á convertir á Dios toda la redondez del mundo, por lo cual, viviendo con el cuerpo en Aragon, andaba con el alma por las tierras más remotas del orbe, deseando y procurando convertir todos los infieles á Cristo.

Con esta ansia pidió á nuestro P. General Mucio Viteleski pasar á las islas Filipinas, con ánimo de predicar en ellas á innumerables infieles que las habitaban, y sus instancias fueron tales, que nuestro P. General, así por consolarle, como por dar un sujeto de tan aventajadas prendas á aquellas islas, le envió la licencia que pedía.

Recibióla con tanto gusto como había sido su deseo de conseguirla; pero en publicándose en la provincia, se puso toda en armas para impedirle, procurando detenerle, así los Superiores como los súbditos, alegando el grande servicio que podía hacer á Dios en su provincia, y que no era justo dejar la madre propia por ajenos hijos, la necesidad que había de su persona para la cátedra, y el púlpito, y el gobierno, y que era dejar lo cierto por lo dudoso, y la miés que tenía en las manos por los pájaros que iban volando.

Unos le hablaban al oído, otros le escribían cartas, los Superiores le exhortaban que se quedase, los súbditos le pedían con lágrimas que no se fuese; pero nada de esto ni todo junto pudo mellar su constancia. Porque mirando á Dios que le llamaba, y poniendo los ojos en su mayor gloria y servicio, que fué siempre el blanco de sus acciones, juzgó que debía acudir á la mayor necesidad, que era la de tantas almas que por falta de obreros perecían. Por lo cual, rompiendo con todos con ánimo varonil, salió de su provincia y vino á este colegio de Madrid á juntarse con los demas compañeros, para ir á embarcarse á Sevilla; pero el demonio, que nunca se da por vencido, le movió aquí nuevas guerras con la ocasion siguiente:

Leyendo en Zaragoza, estaba en aquella sazón en la ciudad la Duquesa de Híjar, la cual, pagada de sus buenas prendas, le eligió por su confesor y se preció siempre de hija espiritual suya.

Cuando llegó á Madrid, había venido ántes ella, y en sabiendo que su confesor el P. Colin había llegado, vino á buscarle y á tratar con él las cosas de su alma; pero cuando entendió que pasaba á Filipinas, fué tal su sentimiento, que no dejó piedra por mover para estorbarle la jornada.

La primera y la menor diligencia fué pedirle con lágrimas que no se fuese ni la dejase huérfana, que por tal se juzgaba sin el que era padre de su alma. Viendo que esta no le detenía, echóle por intercesores al Duque y á otros grandes señores que se lo pidiesen. A esto añadió ofertas y dádivas, de que el Padre no hizo caso. Habló á los Superiores de la Compañía, dijéronle que no se extendía su jurisdicción á esto. Acudió al Nuncio de Su Santidad, que visto su desconsuelo, mandó al P. Colin que se detuviese.

Hiciéronse papeles, mostrando en todo rigor de Teología que no podía mandar tal cosa, impidiéndole al Padre mayores bienes; con que habiendo entrado en escrúpulo, alzó el precepto, y el Padre, sin esperar á más lances, se partió á Sevilla secretamente, atropellando con todos los respetos humanos, por no faltar á los divinos y hacer la voluntad de Dios que le llamaba para tan gloriosa misión.

Pero la Duquesa no desistió de su pretension, porque llena de sentimiento le escribió una carta dándole filiales quejas, como hija á su padre espiritual, porque la dejaba huérfana, pidiéndole que se volviese, porque le iba en ello el bien de su alma.

El Padre respondió cortésmente, consolándola con razones espirituales y pidiéndola y exhortándola á conformarse con la voluntad de Dios, que le llamaba á la conversion de muchas almas, con que dió fin á estos impedimentos y pasó adelante en su viaje.

Embarcóse en Cádiz, á 18 de julio de 1625 años, con otros veinte y cinco compañeros que iban á la misma empresa, y, como el fuego en todas partes calienta, así el fuego de caridad que ardía en el pecho de este siervo fidelísimo de Dios, en todas partes tenía su operacion y nunca estaba ocioso y sin obrar en sus prójimos.

En la noche en que se embarcó entabló las doctrinas y sermones, predicando y enseñando el camino del cielo á los que le llevaban por la mar al puerto de la tierra. Y aunque á los principios mostraron alguna repugnancia, su paciencia y perseverancia la venció, y le oyeron todos con igual gusto y provecho de sus almas, porque se hicieron muchas confesiones generales y se reformaron las costumbres, quitando los juramentos, maldiciones y disensiones, navegando todos con mucha paz.

No contento con esto, leyó á los nuestros cada día una lección de Teología que les fué de mucha utilidad y consuelo, porque con el estudio y la

conferencia ocuparon bien el tiempo y no sintieron las incomodidades de la navegacion.

Concluido este primer viaje y llegado á Méjico, no pudo estar ociosa su fervorosa caridad, porque en la tierra fué el mismo que habia sido en la mar.

Luego comenzó á predicar en las plazas y las iglesias con tanto séquito y estimacion, que los mayores templos eran pequeños para la multitud de gente que le seguía. Y si era mucha la gente, no éra menor el fruto que el fuego de sus palabras obraba en los corazones de los oyentes, moviéndolos á contrición, lágrimas y penitencia, y á reformar las vidas para conseguir la eterna.

Todos se lamentaban de que pasase á Filipinas y no se quedase en aquella ciudad y reino, adonde le persuadian que podría hacer más provecho. Pero el siervo de Dios cerró los oídos á estas voces, por abrirlos á los del Señor que le llamaba, para empleos de su gloria, adonde le habia señalado su apostolado y queria servirse de él.

Habiendo estado en Méjico cinco meses, se embarcó para las islas Filipinas con todos sus compañeros, el año de 1626, á 26 de marzo, con tanto sentimiento de los mejicanos, como gozo de los que iban con él, uno de los cuales era D. Juan Niño de Tabora, que iba por gobernador de las islas. El cual se le aficionó de manera que, pagado de su grande espíritu, letras, prudencia y predicacion, desde luego asentó en su escuela plaza de hijo espiritual suyo, entregándole su alma para que la gobernase y las de toda su familia para que las encaminase á su eterna salvacion. Y los años que le duró el gobierno, se gobernó por su consejo, no haciendo cosa que no fuese nivelada por él; y así fué de los más acertados que ha habido en aquellas islas.

Tres meses duró esta segunda navegacion, en que fué el mismo que en la primera, no perdiendo tiempo ni ocasion de predicar, y doctrinar, y enseñar á sus prójimos el camino de su salvacion. Y como asistia el general á todas las pláticas y sermones, todos alzaban de obra y venian á oírle predicar, que el ejemplo de la cabeza es un mandamiento de apremio para todos los demas.

El primero de todos hizo el gobernador con el P. Colin una confesion general, y luego le siguieron su mujer y todos los de su familia, y á estos los otros pasajeros, y los marineros, y grumetes, sin quedar persona en la nave, que no se confesase con él de la vida presente y pasada, cogiendo tan grande fruto en la mar, como pudiera en la tierra en la mayor mision. Y dice su historiador que se reformó de manera, juntándose todos los días á rezar y orar, á decir el rosario de nuestra Señora y las letanías de la Iglesia, y á oír los ejemplos y la explicacion de la doctrina cristiana; que parecia un convento de una religion reformada: tales efectos produce el fervoroso espíritu de

un varon apostólico, que trueca los corazones de piedra en ternísima devocion, y los pedernales más duros en hijos de Dios, y hace que de los que era ofendido, sea alabado y bendito, como se vió en esta ocasion.

IV

Hace la última profesion, y empléase en los ministerios con los indios.

Concluida esta navegacion, y desembarcado en Filipinas, no cesaba de dar gracias á Dios por haberle logrado sus intentos, y verse ya en la tierra que tanto habia deseado; y, como el ciervo sediento que ve las fuentes de las aguas, así se abalanzó este fervoroso operario á la conversion de los indios, que tan deveras codiciaba.

Luego en llegando, pidió á los Superiores con repetidas instancias que le enviasen á ellos; pero dificultó mucho este empleo el gobernador, que como dijimos, le habia hecho gobernador de su alma; mas fué tanta su porfía, que por consolarle, le enviaron con otros compañeros en la armada que partió á la isla Hermosa, con título de Superior, para gobernarlos y entablar la predicacion de los indios.

Como esta jornada no tuviese efecto, le enviaron en otra que partió al reino de Joló, á sujetar á aquella gente bárbara, y en esta navegacion, obró lo mismo que en las pasadas, predicando y doctrinando y refrenando á los soldados para que no pasasen la raya de la razon, y se ciñesen en todo con la ley santa de Dios, el cual por sus ocultos juicios dió tan mal suceso á esta, como á la otra jornada; y el P. Francisco Colin volvió con sus compañeros á Manila, sin haber obrado lo que tanto deseaba de la conversion de los indios.

A esta sazón le vino la profesion de cuatro votos, la cual hizo con mucha devocion y humildad, no permitiendo festejos ni aparatos, más propios de seglares que de religiosos en semejantes actos.

Desde entónces se dió por obligado á más estrecha observancia, mortificacion, obediencia y penitencia, y más estrecha pobreza y obediencia á los Superiores, que son los privilegios que da nuestra religion á los Padres ancianos, que han sido muchos años maestros, Superiores y lectores.

Vistos los sucesos de las dos armadas en que habia ido, le persuadieron los Superiores que Dios no se servia por entónces de que predicase á los indios sino á los españoles, y asistiese al gobernador que le pedia, para lo cual le dieron la cátedra de Escritura, que leyó con grande aplauso, y asistió